

Correríamos, eso sí, el riesgo de contemplar sus aportaciones particularmente sujetas a los ámbitos temáticos que en ellos se entrecruzan, cuando en realidad son campos de conocimiento en los que realiza observaciones sobre las condiciones de posibilidad de las imágenes y —si se me permite expresarme así— sobre las condiciones de verdad de las imágenes, que se habían convertido en el motivo de indagación característico de otros escritos suyos con temáticas muy diferentes. Imprescindible y, en cierto modo, de utilidad propedéutica a estos efectos es su libro de 1992 *Politische Landschaft*, una especie de atlas para la historia del paisajismo, que nos inicia en las representaciones del paisaje como resultados de los condicionantes políticos de la mirada humana a la naturaleza. No menos destacables son sus trabajos no ya sobre la naturaleza política de la representación, sino sobre el fenómeno político de la destrucción de las imágenes, un asunto sin duda afín, por no decir complementario al otro, decisivo para la historiografía contemporánea, y al que prestó atención con carácter pionero.

El profesor Warnke abrió la historia del arte a múltiples aspectos que hacían necesario plantearse nuevas preguntas, ampliar significativamente el espectro de los materiales de su incumbencia e incluso redefinir disciplinariamente la historiografía artística. Le debemos la conversión de la Historia del Arte en la ciencia crítica de las imágenes que tras él han enriquecido Wolfgang Kemp, Horst Bredekamp y otros historiadores, también en España, con, por ejemplo, el empeño investigador de Fernando Marías.

Desde 1978 ejerció la docencia en la Universidad de Hamburgo, cuyo pequeño instituto de Historia del Arte logró convertir en un referente mundial. Numerosos estudiantes buscaron el magisterio de este catedrático. Como de su amigo y vecino en la ciudad del Elba Werner Hofmann, puede decirse de Martin Warnke que en su vida profesional lo tuvo todo. Entre las distinciones más señaladas que recibió estuvo Premio Leibniz, que le fue concedido en 1990. Su dotación económica le permitió poner en marcha la recuperación del edificio que hasta 1933 había ocupado la Biblioteca Aby Warburg en Hamburgo y reiniciarlo como centro de investigación. Un establecimiento dedicado a la iconografía política y otros proyectos de extraordinaria importancia, como el que se ocupó de documentar e investigar la vida y obra de los historiadores del arte alemanes que sufrieron exilio en el III Reich, e incluso la iniciativa de la edición crítica de la obra completa de Aby Warburg en la Akademie Verlag resultaron de la refundación de la Aby Warburg Haus que debemos a Martin Warnke. Aún en 2012, mucho después de su jubilación, se le otorgaría el Premio Aby Warburg. Y cuando fue distinguido con el Premio Gerda Henkel en 2006, otro de los muy prestigiosos reconocimientos que se concedieron al historiador, la nota de prensa que justificaba la decisión explicitaba el “interés por los estudios hispánicos demostrado por Warnke a lo largo de toda su vida”, con efectos en formato libro como el por entonces flamante *Velázquez* de 2005 —publicado en español en 2007 por el Centro de Estudios Europa Hispánica—. Cabría abundar más en esos intereses del Warnke hispanista, por ejemplo a propósito de sus estudios sobre Goya. Sin embargo, se sale de la cortesía debida hacer semejantes elogios en una lengua tan cara a Warnke y en la que tan escasamente puede leerse.

En el libro *Warburgs Schnecke* que apareció en 2021 en el editorial Wallstein se publicaron *post mortem* escritos desconocidos de Warnke, entre los que se encontraban unas palabras *A la muerte del padre*, escritas, obviamente, tras el fallecimiento del suyo. Concluye su autor esas páginas con una frase aislada, huérfana, que replico en nuestra lengua: “Le hemos perdido, tenemos que recuperarlo”.

JAVIER ARNALDO
Universidad Complutense de Madrid

JUAN CARLOS RUIZ SOUZA (1969-2021)



Juan Carlos Ruiz Souza. Foto:
Carmen Cazorla Vivas

Como si el tiempo lo tuviera estrechamente tasado. Así vivió y ejerció su profesión Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021): persiguiendo con intensidad y verdadero entusiasmo su particular *ikigai*, ese concepto japonés que se obtiene cuando todas las áreas ansiadas se superponen en un centro de referencia armónico *definidor de una vida feliz y plena*. Obtener lo que se ama y lo que se antoja en base a lo que la sociedad precisa de uno formaba parte intrínseca de su ideario durante las tres prolíficas décadas de su actividad profesional¹.

¹ Para completar este breve perfil ver: Gema Palomo Fernández: “Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021)”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* 33 (2021), pp. 13-15; Fernando Gutiérrez Baños: “In memoriam: Juan Carlos Ruiz Souza

Con la entrada del nuevo milenio accedió al título de doctor a través de una tesis doctoral que llevó por título “Estudios y reflexiones sobre la arquitectura de la Corona de Castilla y Reino de Granada en el siglo XIV: Creatividad y/o Crisis” (UAM, 2000), bajo la dirección de Isidro Bango Torviso. Como no podía ser de otro modo dado su carácter y su personalidad, fue un arranque investigador valiente y arriesgado a través de introducirse en un espacio mestizo y caleidoscópico con un importante hándicap: su déficit de exploración conjunta y de contraste desde una mirada novedosa. Esta inmersión dio pie a la apertura múltiple de frentes complementarios que le ocuparían durante dos décadas en el análisis de conjuntos señeros: Santa Clara de Tordesillas, la Catedral de Toledo o la Alhambra de Granada, sobre la que regresó en sus dos últimos trabajos que ya serán póstumos. E incluso más allá, la terminología y la negación del mudéjar como concepto o bien, superando su marco cronológico de inicio, a partir del análisis de las fases constructivas de la Mezquita de Córdoba, del monasterio de Las Huelgas, del controvertido problema del visigotismo en hitos monumentales como Santa María de Melque (Toledo) o incluso de las huellas místico-teresianas en El Escorial. Todo ello desde su militancia en la transversalidad y la mirada poliédrica con una metodología fresca y, con frecuencia no exenta de polémica e incluso de sana provocación, en la que si algo brilló por su ausencia fue lo que en su día se vino a llamar método iconográfico. Juan Carlos Ruiz Souza era un iconoclasta manifiesto en cuya cosmología la esencia matriz y justificativa era por encima de todo la interpretación del espacio y de la forma a partir de su profundo poder de evocación, de transmisión y de memoria.

Formado en el Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid primero como licenciado (1992), más tarde como becario FPI (1993-1997), En aquellos años formó parte de un grupo compacto de compañeros medievalistas en formación cuya cohesión alentó hasta el final de sus días: Susana Calvo Capilla, Antonio García Flores, Marta Poza Yagüe, Gema Palomo Fernández o quien escribe estas líneas. Su trayectoria continuó con una beca postdoctoral de la Comunidad de Madrid (2002-2004) y finalmente como profesor asociado (1998-2004) primero y contratado doctor (2004-2006) más tarde. Dejó una huella perenne en aquella casa con la que siguió colaborando una vez que en 2006 obtuvo una plaza de contratado doctor en la Universidad Complutense de Madrid culminada con la ansiada consecución de la titularidad (2008).

La llegada a la UCM fue entusiasta y en él se activó su enorme veta de institucionalista universitario. No era infrecuente oírlo declamar sobre las raíces en el universo Giner de los Rios, la complicada andadura del naciente Campus de Moncloa en los años veinte y treinta y la debacle que trajo consigo la Guerra Civil cerceñando de modo relevante un proyecto tanto a raíz de la dispersión de excelencia científico-docente como en su misma apariencia físico-urbanística. Su inmersión en el Departamento de Historia del Arte Medieval en un momento de relevo generacional se realizó desde un principio irrenunciable para él: hacer Departamento. En tal sentido fue notoria su conexión con el personal docente en proceso de jubilación (Ana Domínguez, María Teresa Pérez Higuera, Aurea de la Morena, Inés Ruiz Montejo, Aurora Ruiz Mateos, María Jesús Gómez Bárcena o Fernando Olaguer-Feliú). Y junto a ello, su afán por propulsar la atracción de talento académico desde el exterior con la convicción del enriquecimiento por mestizaje. Juan Carlos colaboró no poco en perfilar una parte del nuevo personal docente e investigador que se fue incorporando en el entorno del cambio de década. Por otro lado, en el periodo 2012-2017 ejerció como secretario académico en el equipo de dirección del Departamento liderado por Matilde Azcárate que, circunstancialmente, culminó su labor con la tarea de poner fin a una unidad de docencia e investigación -como son definidos técnicamente los departamentos universitarios españoles-, fundada treinta y dos años antes por José María Azcárate Ristori. En 2018 y durante unos meses se implicó en el periodo de tránsito hacia el unificado Departamento de Historia del Arte como subdirector con María Dolores Jiménez-Blanco en la dirección y Matteo Mancini en la secretaría académica. Pero su compromiso con la institución universitaria fue más allá siendo desde 2014 miembro electo tanto de la Junta de Facultad como del Claustro. Juan Carlos se sintió profundamente complutense y además proyectó con ahínco este sentimiento en las aulas.

Porque el poderoso perfil energético de Juan Carlos se extrapolaba a la docencia generando elevados entusiasmos entre su alumnado que destaca su fuerza y sobre todo su pasión —adjetivo repetido cuando se habla con ellos- a la hora de transmitir conocimiento y de ‘hacer pensar’. Y siempre desde una perenne

(1969-2021)”, *BSAA Arte* 87 (2021), pp. 9-14; Miguel Marañón Ripoll: “Para Juan Carlos Ruiz Souza. Aguardando en vano tu tornaviaje”, *Rinconete. Centro Virtual Cervantes*, 10-11-2021 https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/noviembre_21/10112021_01.htm; Susana Calvo Capilla: “In memoriam Juan Carlos Ruiz Souza”, *Descubrir el Arte* 275 (2022), p. 13; Marta Poza Yagüe: “Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021), historiador del arte, profesor titular de la Universidad Complutense”, *Philostrato. Revista de Historia y Arte* 10 (2021), pp. 107-108; Francisco Marcos Marín: “Juan Carlos Ruiz Souza (1969-2021): en busca de Oriente en Occidente”, *Revista Iberoamericana de Lingüística* 16 (2021), pp. 135-143.

sonrisa. El significado más trascendente de las cúpulas de mocárabes de la Alhambra, la excepcionalidad de la Mezquita de Córdoba, de al-Idrisi y sus itinerarios mediterráneos, de las cartas de Constantinopla, de las recepciones diplomáticas en o de los sorprendivos autómatas andalusíes². El entonado de su expresivo “espectacular” al final de una explicación seguido de una vibrante pausa emocional y cómplice formaba parte sustancial de su repertorio retórico. Evocando el excursionismo decimonónico del que era militante convicto, Juan Carlos alentaba al viaje de modo continuo entre su alumnado tratando de neutralizar todo atisbo de acomodo estático. Su pasión por el magisterio con mayúsculas lo hacía cristalino destinatario de los versos que, aunque atribuidos con frecuencia a Gabriel Celaya, en 1960 el chileno Fermín Gainza dedicó a la figura del Maestro y a la supervivencia de su labor: “Soñar que ese navío / llevará nuestra carga de palabras / hacia pueblos distantes, hacia islas lejanas. / Soñar que cuando un día / esté durmiendo nuestra propia barca, / en barcos nuevos seguirá nuestra bandera enarbolada”.

Con la complicidad de Carmen, su pareja, de sus hijos, Margarita, Olivia y Santiago, y de Daniel, su padre, en mayo de 2019 se celebró una fiesta sorpresa en su casa de Francos Rodríguez para celebrar el que fue su cincuenta aniversario. Fue intensamente feliz sin sospechar que solo poco más de un año después se iban a manifestar los primeros problemas de la enfermedad que acabó con su vida. A fines del otoño de 2020 el destino puso a prueba su positividad en un duro proceso que llevó con una parsimonia y una entereza sobresalientes. En una de las últimas conversaciones que tuve con él me comentaba su enorme deseo de visitar Colliure tan pronto como pudiera. Y de modo simultáneo a esa voluntad de acercarse al mausoleo mítico de Machado, en una suerte de principio y fin probablemente no del todo consciente, evocaba su infancia a partir de los versos que admiraba de aquél poeta ya adulto observando el patio de su casa natal sevillana culminado por un limonero: “Estoy solo, en el patio silencioso, / buscando una ilusión cándida y vieja: / alguna sombra sobre el blanco muro / algún recuerdo, en el pretil de piedra / de la fuente dormido, o, en el aire, / algún vagar de túnica ligera. / En el ambiente de la tarde flota / ese aroma de ausencia / que dice al alma luminosa: nunca, / y al corazón: espera”.

El tiempo derrotó a Juan Carlos de modo prematuro pero no pudo llevarse su enorme recuerdo humano y menos aún su rico y sugestivo legado científico que continuará vivo en presentes y futuros crono-navegantes.

JOSÉ LUIS SENRA
Universidad Complutense de Madrid

² Mi agradecimiento a Ana de Oliveira Escalonilla, a Saskia González Volgers y a Laura Hernández Rodríguez por su clarificador y sentido testimonio discente como alumnas de diferentes promociones que fueron de Juan Carlos Ruiz Souza.